

En los Salones de Bellas Artes

DOS EXPOSICIONES ACABAN DE REALIZARSE en los Salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes. Miguel Viladrich, el ilustre pintor catalán que pasara hace más de veinte años por Montevideo, rumbo a las serranías de Catamarca, expuso 22 obras importantes. Y como un apéndice del XII Salón, se mostraron los trabajos de Composición, que este año tenían como destino el edificio de la Administración Nacional de Puertos.

No comentaremos la obra de Viladrich, a la cual saludamos con nuestra cálida palabra

el día de la inauguración, anotando además unos conceptos fragmentarios en el prólogo del catálogo de sus obras. Quedó así, ante el público, esta obra frente al desaliño de la plástica moderna, que tanto aspira a decir y tan poca cosa dice, mostrando un camino de honradez y de humildad en su extraordinaria maestría para captar el fenómeno, casi inexpressado plásticamente, de la geografía americana y de su hombre. Es así que ingresaremos al análisis somero de los aportes artísticos al tema de la Composición.

Empecemos por la escultura.

Algunos de los trabajos se refugiaron en el simbolismo griego, despertando un Neptuno legendario, digno ya de dormir en su silencio de siglos. Otros, más acertados, tomaron temas más directos, pero sin gran riqueza plástica. Entre éstos mencionaremos a Moncalvi, con un grupo de cuatro figuras sobre un pedestal muy pesado; y Tudari disponiendo, con una feliz idea y pobre realización, los cinco continentes que cierran los océanos del mundo. Pose nos ofreció la estatua de un obrero del puerto, apoyándose en un ancla.

Si la idea se expresó con pobreza, la realización de los detalles tampoco fué mucho mejor. Pose ofreció una cabeza de obrero desprovista de carác-

ter y con serias fallas en su construcción; Martínez una cabeza de Neptuno, bien dibujada, pero sin mayor interés. Martín puso su ternura expresiva en su melancólico y cansado Dios del mar; Moncalvi acusó la fineza de su técnica en una cabeza, que es mejor un retrato que un símbolo. Los otros detalles ofrecieron menos interés.

Pasemos a la pintura. Aquí el aporte numeroso, ya denun-

cia un mayor entusiasmo por la obra. Tomemos para el juicio los tres bocetos mejor clasificados. Su orden fué: González, Aguerre y Alzaga. Otra proposición que consideró el Jurado establecía un orden distinto: Alzaga, Aguerre y González. Creemos, porque así la defendimos, más acertada la anterior clasificación, por razones que irán surgiendo en el curso de nuestra exposición.

Encontramos en el trabajo de Armando González la idea más feliz, de mayor alcurnia espiritual, al tomar, en forma de tríptico, los tres momentos más importantes en la historia del puerto de Montevideo: Fundación, Independencia, Edad moderna. Esta feliz elección del tema le permitió a González disponer guerreros y conquistadores, indios y obreros del puerto, en un vivo y claro arabesco que conjuga armoniosamente con el sentido del muro. Las dos lanzas verticales que dividen la escena, sin romperla, repiten el ritmo de los grandes pilares del hall; y amenguan, en cierto modo, el excesivo sentido de horizontalidad del muro. Una coloración dulce, poco exaltada, contribuye a darle serenidad al desarrollo gráfico de las tres escenas.

Sufre evidentemente este boceto, de una riqueza y un desmenuzamiento en el detalle que le dan un cierto sentido de ilustración de libro —quizás de pergamino, como se dijo, por la presencia de tintas ocres y doradas— que de una pintura mural. Es este el principal y quizás el único yerro de este boceto, yerro por exceso y no por defecto, y que podrá ser fácilmente certificado la realización del detalle, vivo, fuerte, expresivo y sobrio, quizás el único detalle de verdadera pintura mural que se ha presentado, con un franco dibujo de sentido moderno.

Sigue para nosotros en sus méritos, el boceto de Ricardo Aguerre. Se siente aquí el pintor —quizás se siente excesivamente— rico, imaginativo, en la cálida agrupación de sus figuras. Falta calma y claridad en su concepción plástica, que se vuelve abigarrada, con entonaciones dispares que lo alejan de la cosa mural. En el detalle ha realizado Aguerre un bello trozo de pintura al fresco, en la dulce y armoniosa figura de la madre, no así en la cabeza del niño que parece de mano de bisonño artista.

Después viene Pedro Alzaga, denunciando su rancio concepto académico frente a este problema plástico. He ahí un pintor cuyo desenvolvimiento artístico seguimos con verdadero interés. Sabemos que en su iniciación tanteó por los falaces caminos de escuelas modernas, haciendo un fugaz cubismo de imitación. Lo vemos últimamente apoyándose en las fórmulas rigurosas de un desaparecido academismo. ¿Le reprocharemos sus contradictorias andanzas? No. En los momentos actuales, ¿cuán difícil le es al artista honesto marcar el centro de gravedad de su obra? Y promete más, en ver-

En los Salones de Bellas Artes

(Viene de la pág. 13)

dad, quien busca con nobles propósitos, que aquel que se reposa en un camino gastado, a sabiendas de que está gastado.

En este movimiento pendular de Alzaga, de la extrema izquierda a la extrema derecha, aún no ha alcanzado su punto vital. Creemos que lo alcanzará. Prueba de ello es este boceto que denuncia reales virtudes de mural: Composición ordenada, aunque pobre, entonación rica, sin dislocaciones, y ritmos claros en las masas coloreadas. Sufre, como dijimos, de la sequedad del dibujo académico y de una pueril ingenuidad en la interpretación de la vida del puerto, que empobrece su realización plástica. El detalle, de factura fina, no responde ni al tema ni a su destino. No es un rudo obrero aquella plácida figura luciendo su mórbido cuerpo de efebo como un San Sebastián del Renacimiento; y su lenguaje plástico no está destinado para la rudeza del muro.

Mencionaremos después otros trabajos. El de Humberto Frangella donde en un vivo dinamismo de todos los elementos portuarios se enriquece su bo-

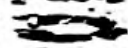
ceto. El color general peca de dulzonería, con un exceso de azules y violetas; pero el conjunto se defiende bien por la opulencia del dibujo, bien adaptado a su destino.

Con un aporte interesante, donde se siente la presencia de las modernas tendencias, indiquemos a Halty y Verdier en un feliz boceto, y a Saint Román en otro. Halty y Verdier realizan una agrupación barroca, demasiado cerebral y rebuscada, donde en colores bajos, pero de gran suntuosidad, se entrelazan los elementos adictos al puerto. Saint Román, con un dibujo más sobrio, plantea un enorme Neptuno, de una coloración baja y terrosa que no se adapta para el muro.

Otros trabajos han denunciado vivos esfuerzos, dignos de tomarse en cuenta. Amalia Polleri de Viana presenta una composición algo confusa, pero con finas "trouvailles" de motivos, y con un expresivo detalle en esa familia de inmigrantes vascos; Vieytes, en un boceto que peca de aparatosisidad y amaneramiento, ha realizado un meritorio ensayo dentro de la escala de sus experiencias de pintor. Willy Mar-

chand, que nos sorprendiera cuando el tema de la Biblioteca Nacional, muestra un inexplicable decaimiento en composiciones que han abandonado la gracia de sus anteriores tentativas.

Se han equivocado en su envío Berdía, el ganador de la prueba del año anterior con un mural inexpresivo y banal, que nada dice en su expresión temática ni en su lenguaje plástico; Zomma Baitler, el consagrado paisajista, revela ignorarlo todo, acerca de la pintura mural; y Andrés Feldman, el incansable trabajador de los Salones, cae en un atroz trabajo de paño Lenci que nadie hubiera admitido oriundo de su pincel.

Es ese un resumen de la labor de este año. Como hemos reclamado tantas veces, es forzoso que estos ensayos alcancen el segundo grado de su desarrollo, acercándose a la arquitectura. No se deben mantener temores ni dudas. La necesidad crea el órgano. Y el clamor de la pared por la presencia de la gran plástica ornamental hará surgir lo nuevos artistas con el dominio técnico y la fantasía despierta para conjugar sus sueños plásticos con la serenidad 

C. A. Herrera Mac Lean